



FOTO: Adobe

LA FAMILIA: ARQUITECTURA MORAL DE LO ÍNTIMO EN TIEMPOS DE DISOLUCIÓN

En una época definida por el vértigo de la inmediatez, el individualismo exacerbado y la fragmentación del sentido, la familia —como institución, como vínculo y como espacio de lo íntimo— se encuentra sometida a una revisión profunda, casi ontológica. No es que desaparezca, como algunos diagnósticos apocalípticos anuncian con dramatismo, sino que muta, se redefine, se expone a tensiones que la desafían en su estructura, en su función y en su significado.

Lejos de ser una entidad estática o atada a una

forma única y canónica, la familia ha sido, desde siempre, una construcción histórica y cultural. Ha adoptado múltiples rostros a lo largo de los siglos, modulada por contextos económicos, jurídicos, religiosos y simbólicos. ***Sin embargo, hoy más que nunca parece estar llamada a asumir una paradoja: sostener los vínculos que fundan la identidad afectiva de los individuos, mientras se adapta a la fluidez, a la diversidad y a la pluralidad que caracteriza nuestro tiempo.***



FOTO: Adobe

No se trata de idealizar la familia tradicional ni de demonizar sus transformaciones. **El debate debe alejarse tanto de los purismos conservadores que ven en la variación una amenaza, como de las posturas que celebran el desarraigo como forma de liberación.** La familia, en cualquiera de sus configuraciones, sigue siendo el primer espacio donde se aprende —o se desaprende— la ternura, la responsabilidad mutua, la gestión del conflicto, el cuidado como práctica ética.

En sociedades como la colombiana, donde las fracturas sociales se reflejan con crudeza en los hogares —a través de la violencia doméstica, la desprotección de niños y adultos mayores, o la feminización de la pobreza—, la familia no puede ser pensada únicamente como refugio emocional. Es también un escenario de poder, de tensiones de género, de reproducción de desigualdades. Reconocer esta dimensión es indispensable para no caer en nostalgias vacías o en retóricas edulcoradas que poco contribuyen al debate serio.

Y sin embargo, pese a sus imperfecciones, la familia sigue siendo insustituible. **No porque sea perfecta, sino porque es profundamente humana. Su fortaleza no reside en su pureza, sino en su capacidad de regeneración.** En tiempos de disolución afectiva, de vínculos líquidos y vínculos descartables, la familia representa, o puede representar, una forma radical de resistencia: **la persistencia del otro como presencia irrenunciable.**

Pero esa resistencia requiere ser sostenida por políticas públicas que reconozcan la centralidad del cuidado como categoría política. No es posible fortalecer a la familia si se la condena a cargar sola con el peso de las crisis sociales. **Se necesita una apuesta institucional que respalde su vocación de acogida, que respete su diversidad, que le garantice medios materiales para ejercer su función protectora sin que esto se traduzca en sobrecarga o vulneración de derechos.**

Los Estados que se proclaman democráticos deben entender que el tejido familiar no es un asunto privado en el sentido banal del término. **Lo íntimo es profundamente político. La protección a la niñez, la dignidad de los adultos mayores, la conciliación entre vida laboral y afectiva, la erradicación de la violencia intrafamiliar, el acompañamiento a familias diversas, son temas de primera línea en cualquier agenda seria de desarrollo humano.**

Desde una mirada más filosófica, la familia es también una escuela de humanidad. Allí se aprende la difícil gramática de los afectos: a pedir perdón sin humillarse, a poner límites sin

excluir, a convivir con las diferencias sin anularse. Allí se ensaya —muchas veces torpemente— el arte de vivir con otros. Y tal vez por ello, pese a todas sus fragilidades, seguimos retornando a ella, buscándola como se busca un origen o un lugar donde reconciliarse con la vida.

En un mundo donde todo tiende a volverse desechable, proteger los vínculos que no se eligen por cálculo, sino por pertenencia, se convierte en un acto de resistencia ética. **La familia no es una garantía de virtud, pero sí un espacio donde la virtud puede cultivarse. Y eso, en estos tiempos, ya es una esperanza.**



DINHORA LUZ SIERRA PEÑALVER